

CUBAN AMERICAN BEAUTY

Orlando Luis Pardo Lazo

1

La sala era grande y con un cartel de cartón: "Surjery", alguien había intentado en inglés. Otro Juan Ramón Jiménez resucitado en spanjlish, iy nada menos que a lápiz! De verdad son osados los muy cabrones, pensé.

La enfermera vino hasta mí y sonrió. Gesticulaba bárbaramente con una ceja, la izquierda. Sería una histérica in potential, no sé. De un saltico adelante la vi quitarme los bártulos, que eran dos jabbitas de nylon con ropa vieja y un pequeño bulto forrado con periódicos de la prehistoria –del siglo XX tal vez–, donde se empolillaba mi magra colección de pocket books. Todos en inglés, of course, con la excepción de rigor mortis: un poemario de Mao traducido por Ezra Pound ya en el manicomio. "Poemaorio", le decía yo, y lo conservaba desde Cuba por pura jodedera con los amigos, cuando existían amigos. El panfletico incluía unas acuarelas cuyo autor tendría que ser, por lo amanerado del trazo, un homosexual tapiñado bajo el viril ropaje obrero del emperador. O del nuevo shit campeador o Cideólogo posnacional.

Qué porquería, ¿no? Yo siempre con mis libritos de bolsillo y los bolsillos tan broken como mis huesos. Una rata rota que habita las alcantarillas del lenguaje, yo. Aquellos bártulos eran todo mi equipaje y también todo mi hogar: mi hospicio y mi boarding home. Y está OK que así sea. Bendita mierda la manía de acumular cosas si uno de estos días te mueres y ni tu insurance se entera. Y ni el médico chino ni tu madre muerta en La Habana te salvan de una tarja sin nombre en el South West.

—Tú debes ser William, ¿eh? –me reconoció la enfermera. O la modelo de Vogue En Español.

Era preciosa, de verdad. Una puta perfecta. Lo que se dice una auténtica profesional. Y para colmo su acento, la muy cabrona se delataba solita: era cubana a matar, de atar. Ah, a veces uno tiene la impresión de que todas las hembras de la Unión Americana, tarde o temprano, resultarán siendo cubanas. O hijas de cubanos. O hijas de hijos de cubanos. Y así es imposible que progrese la democracia en este país. Habría que escribir otra constitución y después echarla al recycle bin. O dar un golpe de estado por cada united state. Por mi parte, juro ante dios y ante los hombres que ahora ya me da igual. Lo blasfemo incluso ante la abulia de dios y la estupidez de los hombres. Bah.

—Depende de William qué... —corté su confiancita de tú-debes-ser-william-¿eh?

Que se joda, la muñequita de biscuit. No me gusta caer en tuteos con personas uniformadas. Aunque fuera aquella chiquilla con una bata blanca que le anunciaba las nalgas. Un uniforme siempre es disciplina, historia falseada y represión real. Y, después, que dios le bese el culo a América si así lo desea. His business, I don't medicare. Yo me paso, con ficha y sin fecha de defunción. The show must stop. Ya todo me va resbalando ramplán. Y no sólo ahora. A veces, en sueños, mi madre revive y me recuerda que en La Habana yo también era igual. Sweet Home Alahabana: madrecita del alma podrida, en mi pecho yo guardo el horror. ¿No es un fastidio no poder olvidarlo todo de un tirón? Borrón y cuento nuevo. En fin.

Por su parte, la enfermerita en voga ni me escuchó. O se hizo la que no. Típico de toda Cuban American Bitch. Ella iba a lo suyo: Her business. Y se puso a garrapatear en mi expediente clínico. Ojalá que algún día llegues a ser una triunfadora en este gran reality show, pensé. No me gustaría leer en el Herald que una compatriota tan bella ingirió 1984 píldoras antidepresivas o que ha vaciado su sangre en la solitaria y pulcra habitación de un motel. Computriota. "Las venas abiertas de América en la tina", escribí alguna vez en mi diario. Porque eso sí: para escritor de diarios, yo. Tengo cientos y todos abortan al séptimo día, como toda creación. Para suicida no cuenten conmigo, por muy

jodido que esté. Así que no me vengas a joder tú ahora, Criollita USA o Barbie de la barbarie, con tu escribidera en mi historia clínica. Porque, ¿acaso toda historia no es eso: clíniciteratura barata? Oh, my.

Yo la dejé que anotara su buen par de capítulos de ese novelín llamado "William Algo". Entonces rompió a dar taconazos por el pasillo central de la sala H. Room H, letra muda: improvisada pasarela. Ella avanzaba hacia el interior, sin darme ni medio gesto de indicación. Pero era obvio que yo debía seguirla, si es que en definitiva pretendía ingresar: a eso se le llama poder. Y el resto es plasta seca publicada en tinta fresca por las revistas francesas y demás especímenes de la izquierda pop, como *Le Courier du Soir de la Révolution*. Justo así suenan las botellas de champagne y los anos rotos de los intelectuales de Europa, de Eupopass: viento en popa y a toda izquierda, já. Ulalá: tel quel ascó!

Y así mismo ocurrió con la tipa. No tuve más remedio que seguirla como un perro a su presa. De prisa, mientras me reía en voz alta, jajá. Riendo solo, como los locos. Bienvenido al making off de una nación o tan sólo ya su necia noción. The Demagogic Republic of William Figueras, se llamaría ahora mi payasito país: my clowntry. Ya veremos quién mete a quién en cintura. Literalmente. Y dejé por fin de reír. De pronto me pareció grotesco escandalizar como si yo fuera un cubano más. Además, allí todos tenían pinta de no rebasar vivos la tarde. O la noche. Despertar allí no sería el clásico: ¿cómo amanecieron los pacientes? Sino el luctuoso: ¡cómo, amanecieron los pacientes?!

By the way, la sala H resultaba larguísima de caminar a marcha forzada, siguiendo a la nurse. Su arquitectura era oblonga, como un atáud hecho a la medida de algún fenómeno de feria. En este caso, yo. Casi al chocar contra el panel de fondo, mi Betty Bloomer se detuvo ante la que, supuse, tendría que ser mi cama. La number 666. Recordé una remota canción de Iron Maiden: 666, the number of the beast; 6/66, el mes y el año en que nació el bebé de Rosemary Polanski en New York. Aquello no era

casualidad. O ya estoy muy mal o me van a sacrificar estos cirujanos del estado federal, pensé. Y desde ese mismo instante comencé a pensar seriamente en cómo escapar. Morir cagado en un pantano del golfo tendría mayor dignidad que fingir curarme. Qué contradicción, qué miedo, qué falta de serenidad.

Además, no creo que en todo el Estado existan 665 camas antes de la mía. Tal vez ni siquiera existan tantas camas en toda la Unión, islas del Pacífico y del Caribe incluidas: Cuba y Puerto Rico entre ellas ("De un pájaro las dos nalgas", parodié alguna vez en mi diario). Pero igual allí alguien había escrito con un plumón, sobre una radiografía velada: William Figueras 666. Y, ya sabemos: quod scripsi, is crisis. Sea.

Entonces ella se dignó a inclinarse sobre el colchón desnudo y poner mis bártulos allí. Los tiró, fuonch, y saltó una nube de polvo. Buenos muelles, good springs: "Espera la primavera o pregúntale al polvo, Bandini», como el consuelo patético de John Fante e.p.d., ese otro bandido de importación. Allí rebotaron los mismos libros y ropajos de nuestra primera confrontación entre enfermera y enfermo. Entonces ella tomó la iniciativa y se dobló todavía más, en cámara lenta, sacando un juego de cama de una gaveta.

Jesús, Mary and José. Gómez, Maceo and Martí. Mejor se hubiera levantado el vestido con las dos manos. Se le hubiese notado menos la punta del blúmer. Con aquel gesto le vi hasta el triángulo isósceles de su encajito blanco, como seguro estaba prescrito en el reglamento para los uniformes del hospital. Orientado así por algún degenerado fornicador, como yo. Sólo que con más dinero, poder, y salud. Aunque eso de estar sanos es como una visa lottery donde no tienes funcionario a quién sobornar. Nadie muere en vísperas ni tampoco una idea después. ¿Quién le teme a Orlando Woolf?

A mí, por el momento, simplemente se me paró. Aquella erección era algo así como mi última rebelión. Ahora ya no me era dada otra revelación como no fuese la revolución

de la sangre. Un buen culo cubano jala más que un mal búfalo yankee en cinemascope: business is business and bisontes son bisontes. Son las fallas tectónicas de la demoncracia y la pismodernidad. Y justo en ese instante ella se viró y recorrió mi cuerpo como el de un moribundo, de arriba a abajo y después al revés: imposible que no notase la parazón. The Hulk. Y en pago a mi cumplido, me advirtió con sorna de sarna cubanoamericana, la más difícil de quitar con kerosén y cepillo:

—No te hagas pipi, papá –casi me grita, para que el resto de los insectos en cama la oyesen–, que aquí durante el weekend no se cambian las sábanas, ¿right?

Y me clavó su mirada de bicha lúcida, universitaria. Hi-tech pro y hi-tech prost en un sólo modelo. Come with the wind, Zorra del Siglo XX. Cuban American Beast. Y era lógico que hasta ella se burlara de mí, de mi condición de paria público, semiparalítico y penelítico. De verdad que no hay peor palo que el de la misma patria. Well done, country girl: no te dejes mangonear por ningún machito transnacional.

Ah, a ratos uno se siente orgulloso de ser cubano. De compartir la historia con semejante ejemplar de yegüita. Una joyita bien entrenada que debía ganar nunca menos de treinta por cada hora gastada allí, entre detritos locales. En el último par de minutos, por ejemplo, mientras yo elucubraba tanta porquería mental, ella se habría clavado ya sus primeros dólares del día, calculé. Los muy cabrones: con ese cobra y encoge han construido este enorme país. Be my guest: beat my guest! Con sala H y con Hospital. Al final no hay quien escape del manicomio, dear Ezra. De suerte que decidí no usar mi lenguaje para ripostar. Me bastó con una sílaba en cuasinglés:

—Yep –asentí con la cabeza y le miré de frente las tetas: bolas duras, rectas y fusionadas al medio. El Basexball bien podría ser ahora nuestro pasatiempo internacional.

Y ella que aguante mi lascivia ahora. Que me demande ante el City Hall o la Corte Suprema Federal, acaso por acoso visual. Que me expulsen a la pinga de allí. Creo que

por esos días yo quería morir en paz, en pus. Y rápido. Fast food, fast fuck, fast fin: telón. Aunque yo estaba seguro de que otra vez sobreviviría. Además, tampoco deseaba que ningún compatriota notara demasiado mi odio. Aquel sentimiento pertinaz era la única intimidad que nunca me intimidó, la última que aún me hacía sentir humano en medio del glamour generalizado y mi enfermedad demodée. El odio era mi talismán: mi ticket de regreso a ningún hogar dejado allá atrás, allá lejos, allá abajo. El odio era yo. "Dos patrias tengo yo: Cuba y el odio", escribiría alguna vez, si es que alguna vez salía de allí.

Así que, sin subir la vista de su entreseno a la cara, le agradecí y le di mi apellido como propina, tips for teets, si bien supongo que demasiado tarde:

—Figueras, gracias por todo and justice for all.

Y noté que usaba un crucifijo de oro para resaltar el blanco piel de sus tetas. Tal vez por eso no me demandó, pía impía. Tendría crazy hasta el mismísimo dios. Ni me expulsó de la Sala H. Al padre Varela le faltó escribir un "Ensayo sobre la Piedad". Y ni siquiera me trasladó de cubículo. Cubículo, qué ironía, pensé: un cuba chiquita, ajustable aproximadamente al tamaño de un culo. Fue justo en este punto que entramos en el deshielo, la nurse y el nerd. Al contrario de lo que yo suponía, la nani me regaló su nombre y su apellido de single. Todo silabeado con la mayor severidad, como si se tratara de una Fiscal General. Pero con esa dicción perfecta, típica de toda latin pornstar:

—Lia-net -dio media vuelta-. Lia-net A-gui-lar, un pla-cer.

Y se retiró por el mismo pasillo, como en las novelas radiales. Sin taconeo esta vez. Con contoneo, eso sí. No body's perfect. Y yo me tendí en la cama sin siquiera tender el colchón. Quería entender algo, necesitaba pensar. Sopesar, so pesar de mí. Esa cabrona tradición nacional: un cubano que piensa resulta a la postre una amenaza universal. Y ya

no recuerdo si me quedé dormido o si fue tan sólo que lo soñé. I have not a dream, ¿Malcolm Sex?

2

Soñé con Lianet. Lianet hablaba en la plaza y yo le tiraba fotos. Fui cambiando los rollos hasta que ya no tuve más para reponer. Then Lianet interrumpía su discurso y me señalaba: "Hacen falta unos rollos ahí para el compañerito", decía, y de todas partes llegaba gente a donarme uno. O diez. O diez mil. O diez millones de films, de todas las marcas y formatos imaginables. Desde Kodak 120 hasta Konica 35. Desde Koniek 1917 hasta Kapput 1989.

En el sueño, llegaban lo mismo guajiros de monte adentro que balseros de mar afuera. Que indios con taparrabos. Que una señora muy vieja que había sido mi madre, pero ya no lo era más. Que estudiantes de la universidad: mis colegas de la Colina. Que choferes de ANCHAR y de la ruta 23: esa reliquia literaria que conecta a Lawton con El Vedado desde "La Habana para otro William difunto". Que el Presidente Prío: y esto lo recuerdo muy bien, aunque no tenga referencia alguna sobre su cara. Que militares y milicianos. Que albañiles y albaceas. Que médicos. Que una maestra que era la misma enfermera, aunque no se lo podía decir con tal de que no parara de discursar. Que, sobre todo, niños. Decenas, miles de niños con los rollos cayéndose de sus bolsillos, pocket films, de tan repletos que los traían de las tiendas o de sus hogares atornillados con una tarjeta postal: "Esta es tu casa, Lianet" (garabateado en cirílico cyber-punk).

Y Lianet se reía de tanto alboroto a mi alrededor, y todo el pueblo se contagiaba de su alegría. Pero a mí tanta abundancia de negativos me daba una injustificable tristeza

positivista: mañas de un Mañach inercial. Y en este punto no sé si me desperté o si fue tan sólo que no soñé. Ahora anochece en Orlandoville: en Orlandovil.

En la sala, de pronto iba haciendo demasiado frío para la hora y la estación. Supuse que alguien habría conectado a full la aclimatación. Otro cubano, seguro: nunca nos adaptábamos a respirar en una atmósfera más natural. Entonces entendí la mudez de la sala H. Room H: de Hielo, de Hiello, de Hell. Y no sé por qué no me agradó aquella interpretación fonética más que freudiana, si bien resultaba mucho menos hipócrita que la h himbécil de heaven. Simplemente tosí y me tapé con las sábanas sacadas para mí por Lia-net-A-gui-lar, un-pla-cer. Tenía hambre, pero no ganas de cenar. Así que seguí tumbado. Mañana sería otro día y el mismo. Y todos y ninguno. En fin: tomorrow I'm not half the man I used to be. To beer.

3

Magníficos carcinomas. Lupus. Emponzoñadas leucemias y esputos rebosantes de vida inferior: virus, bacterias, fungi, algas y celenterados. Puzzy pus. Cirugías en falso con el presupuesto estatal: puro consuelo tax-free para moribundos y familiares en fuga. Tisis tácitas y sicklemias racistas hasta la pared de enfrente: sikkkleemias. Aids senil, gayds. Por mi parte, apenas algún vómito de tanto en tanto y un mareíto soso. Eso era todo. Me reconfortaba la idea de que mi salud no estaba en mi contra, como el resto de la humanidad, que nunca decía "basta" ni quería dejar de andar, en andanadas: andanadas. Sólo que mis síntomas mínimos, intermitentes, fomentaban un autodiagnóstico peor, un auto de fe: esa enfermedad llamada esperanza. ¿Por qué me retenían entonces en aquel valle de extremaunción bilingüe? ¿Por qué yo mismo no me escapaba en puntillas? Y aquel cartel de "Surjery", ¿qué demonios representaba su ortografía coja? Exactamente, ¿a cuáles demonios convocaba su heterografía a mano alzada con lápiz y cartón?

El alfabeto de todas las salas me pareció tan calamitoso como la H, a pesar de la higiene institucional y cierta diplomacia cool de los uniformados de blanco. Casi todos eran muy jóvenes, como Lianet Aguilar. Asalariados de primera línea que, si alguna vez se unían a nivel mundial, nunca lo harían para romper sino sólo para reforzar sus cadenas: de oro 24 K, se sobreentiende, como el crucifijo de ella. Postproletarios del mundo, huíos!

Pero después de su tercer o décimotercer turno, pues trabajaba un día sí y otro no, ya nunca más la vi, a Lianet. Durante una quincena entera no se portó por allí. ¿Estaría de holidays o le habrían asignado alguna letra mejor? So far, so good, so what. Dudé hasta de su existencia real. Y de la mía, of course. Pero yo ya tenía su nombre, silabeado con ínfulas de estrella porno fiscal: Lia-net A-gui-lar. Y si existen las palabras, es evidente que existe también lo real. Así que ella me había sucedido in fact: fátum fáctico. De hecho, tarde o temprano tendría que reaparecer. O al menos aparecer como si fuera la primera vez, lista para encararse conmigo. Encarnarse. Para carear, gallinita vidente: ready to cacarear. Si bien las últimas veces que nos topamos, casi logramos firmar un tratado de paz local: locuaz.

Tal vez fue sólo que nos miramos con compasión: al fin y al cabo éramos compasiotras. Ella, condolida profesional y cristianamente de mi condición de paciente. Sick shit. Yo, conmovido fisiológicamente con la geometría camagüeyana de su cuerpo importado en 1994, según me contó. Buddy body, un tinajón. Igual creo que fuimos lo bastante polite como para intercambiar información humana en medio del esplendor y el caos de la civilización septentrional.

Cumplía 25 ese año, ella. Yo casi 50. Vivía en Orlandoville, ella. Yo en ninguna parte, sin town by my own: sin patria, pero todavía con amo. Ella tenía también a su padre aquí, que llegó muchos años antes. Lianet viajó siendo casi una niña de diecipocos. Yo, un vejete de diecimuchos. "Tú eres todavía una niña", la interrumpí. "Jijí", ella. Lianet

vino remando todo el tiempo de la mano de un primo bastante mayor, que por entonces comenzaba a ser su primer amante. "Una familia muy sportiff", comenté. "Jijiji", ella. Su madre quedó allá atrás, allá lejos, allá abajo, pues tenía altos cargos en Cuba. Se me escapó un waaao: Lianet era hija de una cirujana del corazón. "Como tú", me aventuré y ella no volvió a jijijir. Y me hizo la historia de su última década en los States, incluida la muerte del primo en un tiroteo de barrio. "Casi fue lo mejor para él", bajó la mirada: "se había vuelto loco a las drogas y no sabía qué hacer para no vivir", y acarició el crucifijo como si fuera la mano de su primo en aquel remoto 94: maremoto. A falta de algo mejor, yo clavé mis ojos en sus dedos finos, rematados en largas uñas a ras de su par de tetas: bolas duras, rectas y fusionadas al medio.

Me impactó su pasado, sí. Pero aún más que ella se hubiera inyectado silicona en gel, y que encima fuera capaz de articular un relato así. Seco y conmovedor. Eso sí era narrar, incluso narrar en el mar, no la morronga de mis diarios diarreicos. Yo también era un fucking intelectual de la pop-izquierda française. Para colmo ahora peando, con vómitos y mareadera: síndrome del naufrago sin nao. Life fucks, fo. Y, justo el día en que le iba a contar lo extraño de mis sueños con ella a cada pestañazo, y mi miedo de que tanta reiteración significara que pronto yo me iba a morir, entonces Lianet se saltó sus turnos alternados de un día sí y otro no. And that's all folks. Es simple: nunca jamás la vi. Durante dos o doce semanas ella no volvió por la sala H.

Y no fue hasta el otro mes que se corrió la noticia. Es decir, que yo paré las orejas con suficiente interés como para enterarme de lo que había sido pan comido desde que ocurrió: nuestra miss yacía también en cama. Y allí mismo, no muy lejos del resto de sus insectos, en la sala de terapia especial. ¿How come? "Porfiria súbita", fue el epitafio que me dio el vecino de la 667: moribundo desde la guerra civil del siglo XIX. Y los pacientes terminales no suelen cometer errores a la hora de diagnosticar, incluso a distancia. Por lo demás, la forma de la noticia y sus detalles de persuasión revelaban, en sí mismos,

suficiente trazas de la verdad. Trozos, trizas. Y me lo creí al pie si no de la letra, por lo menos sí de la voz.

Pinga. La puta no era ella sino la vida. Lianet Aguilar se moría y punto. Lianet Aguilar se moría y coma: yacía en coma vegetativo en una sala sin letra del pabellón especial. Room Zero. Hasta allí sólo era permitido el paso a los intensivistas. Y a los sabuesos de la morgue estatal, que hacían zafra. A farewell to arms: adiós a las almas. Me cago no en su madre cirujana, sino en el quirófano apostólico de dios. ¿Cómo te dejaste coger el culo a traición, cubanita de pacotilla? ¿Qué cubano mierdero te pasó el cabrón gen letal? A ver, César: ¿en qué compartimento estéril se desecha la memoria y la silicona de los que van a morir? Pero, ¿valdría la pena coger tanta lucha? Tampoco era mein kampf, ¿o sí?

Bajé al patio central. Estúpidamente, sentí deseos de sentir deseos de llorar. No William no cry. Me vi en el espejo del lobby. Un lobo, já: de complexión recia, seco de carnes y de rostro aguileño y enjuto. Un cervantes de tristes ojos y nariz corva y desproporcionada, jajá. Boca pequeña, con dientes ni menudos ni crecidos, porque no tengo sino 666, todos mal acondicionados y peor puestos, sin correspondencia entre sí, jajajá. "Reír solos es cosa de locos", repetía mi madre muerta. Este es el tipo de quiijotada kitsch que a uno le inculcan by heart desde una escuelita primaria de Luyanó, renombrada Nguyen van Troi medio siglo o medio milenio atrás. Igual hay que reír en voz alta para no sentir deseos de sentir deseos de llorar. La risa es el mejor antídoto contra no recuerdo bien qué..., ya no sé si escribí en algún diario. Opción cero: Room Zero, empezar de cero. Quería llegar hasta allí. Hasta ella. Vedi Lianet e poi muori. Vade Aguilar. Verla aunque fuera partida en dos, en sílabas, como en nuestra primera trifulca, o bifulca: Lia-net-A-gui-lar un-pla-cer versus Figueras-gracias-por-todo-and-justice-for-all.

Lástima de cuerpo, ahora en manos de peritos y especialistas: esos perversos con licencia hasta para pasarte la lengua por el pipí. Y no te hagas pipi este weekend, mamá, ¿remember? Recuerda que allá arriba nadie te va a cambiar las sábanas en tanto no te decidas a morir. Y ojalá que no resulte casi lo mejor para ti, porque vale la pena intentarlo aún con pánico de sobrevivir al séptimo día. Para suicida, no cuentes conmigo. Mírame aquí: ecce homo. Un sobremuriendo a ultranza, un pendejo perdedor que persiste peleando por muy jodido que esté. So, no te vengues ahora, y no me vengas a joder also tú. ¿Tú también, Cuban American Bruta? Y me tumbé de espaldas sobre un contén del patio central, incontenible de tanto elucubrar. Elucubar.

El sol me golpeaba suavemente las vísceras. Cerré los párpados. Telón de fondo, de fonda. No para dormir, sino para intentar soñar en plena mañana de Orlandoville: villa de baratija y vodevil. No serían todavía ni las diez de mañana, la hora en que comienzan a llegar los surjeons en sus tojotas rojos de ocho bujías, modelo del prójimo año. Que se vayan todos al divino mojón, con jota juanramonjimieniana. Justo ahora yo necesitaba un brake para pensar en mi compatriota, para despedirme de ella de la manera más cursi en que pudiera caer rendido y comenzar a roncar. A soñar la pesadilla de los justos. Recurrente jodío errante, por muy lugar común que sea este chistecito chic. Cheap, shit.

4

Soñé con Lianet. Lianet despedía mi duelo, vestida de verde oliva en el bohío de mis abuelos en San Francisco: pared con pared con el viejo Hem, otro suicida heterogay. Y yo entendía todo el discurso, tumbado de espaldas en mi cajón de madera, que no dio tiempo ni dinero para curarla bien: así que se pudriría primero que yo, como dicen que le pasó a mi tío Juan, el evangelista de Juanelo. Qué aburrido sentido de la repetición: ensayo del ensayo de una puesta en escena que nunca representarás.

Y aquel fue el discurso más triste que yo le haya escuchado jamás a Lianet. Y me desperté con los ojos aguados. ¡Por fin lágrimas! Y un nudo en la garganta imposible de vomitar o tragar. Me faltaba el aire. Abrí la boca. Traté de gritar. Era mi oportunidad de romper por fin a llorar. Arrrgh. Pero nada. Salió sólo un ronquido. Grotesco. Grrrah. Y entonces oí los jijjís en spanjlish de no sé cuántos mequetrefes a mi alrededor y me incorporé. Students, moribundos y doctors: todos me rodeaban en son de público para alegrar su día con el bufón. Pegué un salto y caí de pie, un milagro de mi biología a punto de réquiem ya. Quise fajarme, morir limpiamente allí, de cáncer al sol y de culo a Cuba:

—¿Qué pinga e? –los amenacé en cubano no tan foráneo como funéreo.

Pero justo así quedó el gesto. O mi mueca. O la muesca de mi agresión. No pasó nada, como nada era de esperar. La audiencia se retiró, y yo quedé con el puño y la palabrota en alto, en vilo, en Orlandovilo. Ridículo como una provinciana Estatua de la Libertad: antorcha tronchada entre el sueño privado y la resingueta social. Entendí que me sería imposible pensar o despedirme de las cinco sílabas de aquella mujer: Lia-net-A-gui-lar. Técnicamente, ¿eran cinco? ¿Quién se acuerda ahora de gramaticar: gramasticar?

Y lo más jodido, no sé si ella se enteró de esto por mi expediente clínico de vivibundo: mi segundo apellido era el suyo, William Figueras Aguilar. Aunque aquí en América ya casi lo olvido, pues a nadie le hace falta un segundo surname. Hubiera sido bien cómico caernos de nalgas con la noticia de que un pariente lejano de un pariente lejano nos convertía de pronto en parientes a Lianet y a mí: por ejemplo, primos exprimibles estaría muy nice. Nada. Maneras de comer tanta mierda con tal de no comer tanta muerte.

Y comenzaron a ponerme sueritos. Los sentía gotear calientes dentro de mí. Oscuros, densos. Cada doce horas. Unos pocos mililitros de ni me tomé el trabajo de averiguar qué. Como si me inyectaban pasta de Coca Cola Diet: yo ya no pensaba en mí. Sólo en ella. En ellas: la muerte y Lianet.

Una mañana, fue un muchachito flaco y miope quien me conectó al botellín, manipulando torpemente mis venas. O arterias, no sé. Igual lo dejé que se desarrollara, que aprendiera conmigo el noble arte de torturar. Por la pinta, ése no hacía ni un año que había llegado de Cuba, podía apostar a mí. De manera que así mismo se lo pregunté.

—Diecioc-c-cho m-m-meses —me contestó, poniéndose más nervioso y concentrándose aún menos en el copyright de mi hematoma.

Cualquier día alguien lo demandaba y le partían hasta las balls, si es que tenía un par. Y su brillante curriculum quedaría entonces brillantemente cagado. Tal vez por eso aquel muchachito flaco y miope, amanerado y cubano, me simpatizó desde la primera impresión: era un perdedor in potential. Al contrario que yo, que era tan sólo un perdedor a secas.

—OK, hijo —lo tranquilicé—. Cuéntame de ella, anda. De ellas: dime algo de Cuba y todo sobre Lianet.

Él soltó mis venas o arterias. Subió sus ojos hasta los míos. Tenía mirada de ciervo, de siervo. Con unas pestañas profundas al estilo de Bambi, de Barbi: un par de ojos que ciertamente desconocían el sinsentido preciso de lo que es el horror. Bah. Inmigrantes de terciopelo, visado legal y un avión Boeing directo de La Habana a Miami. Así era muy easy, ¿no? Carne fresca para el engranaje de 24-hours-a-day que necesita moler esta mole llamada America for the Cuban Americans. Para colmo, amariconados en su mejor mayoría. Literalmente. Como este mismo ejemplar que me resultó tan simpático. Parecía una people person, la verdad: ya muy pronto se convertiría en todo un tipejo de

bien. Un guy gay y, para colmo, politically correct. Puaf. Entonces bajó la vista y me tart-t-tamudeó:

—Está prohib-b-bido hablar de eso con los p-p-pacientes –reunió el coraje de pronunciar—. Pero Cub-b-ba hasta hace poco seguía ig-g-gual y de Lian-n-net me han dicho que está p-p-peor.

Era lamentable. No la noticia, sino que cualquier noticia ya me dejara igual. Incluida la muerte, Cuba y Lianet. Serían los sueritos esos, no sé. Oscuros, densos, cada doce horas. O serían los vómitos: cada vez más oscuros, densos, y doce por cada hora. Con unas raras vetas de un material granulado como granitos de arroz, pero aún más blancos: duros como de porcelana. O sería acaso la calma chicha de los meses dentro de aquel instituto estatal. Creo que por esos días yo no quería morirme sin dar un poco de guerra. Me aburre tanta paz en el hombre. Y sobremorir en aquella sala sitiada podía resultar un entretenimiento eficaz. Lo sentía por ella y de verdad lo intentaba, pero no sentía ningún dolor que no fuera el de la aguja en mi brazo: la aguja del pájaro y no en el pajar.

Entonces, ¿era sólo morbo o curiosidad? Tal vez aún no me creía del todo que una enfermera estuviese entre las redes tejidas por ella misma para extirpar enfermos. Se me ocurrió contar esa anécdota y hasta inventé la palabra del título: "Hospitalia". Enseguida la confronté con el joven transgresor del voto de silencio, prescrito en quién recuerda cuál acápite del reglamento oficial.

—¿Usted es escrit-t-tor? –su terror pánico se desvaneció, pero no sus gaguerismos de gay—. Yo soy Héct-t-tor, es un p-p-placer –otra vez la frasecita: ¿sería el slogan?—. Díg-g-game, ¿es cierto que aquí es imp-p-possible pub-b-blicar sino es en ing-g-glés?

Sonreí con lástima. Me apuesto media nalga a que ya has publicado algo en Cuba, poor bastard. Me la apuesto completa a que fue un "volumen de poesía". Y lírica, tal vez el eco del hueco dejado por la Amarga María o por Emily van Llagas, tus favoritos, ¿no?

Me apuesto las dos tuyas, incluso por anésima vez, a que ni siquiera reconocerías mis juegos con el verso de Piñera "El olor de la pinga bien puede detener a un pájaro" o con el lezamiano "Ah, con qué seguro paso tu culo ante el abismo". Me hubiera gustado soltarle un desplante que aboliera su vocación de ocasión, pero en literatura mi única escuela es una altanerísima humildad.

—Hijo, ¿tú sabes por qué has venido aquí a los States? —gané tiempo para fingir interés por su carrera, y hasta regalarle un advice al estilo de "el texto no tiene afuera" después.

El muchachito se quedó meditando. Tal vez quería darme una respuesta smart. Seguramente él mismo se había convencido de mi condición de escritor premórtem, y ahora pretendía sostener un diálogo solemne a la altura de la situación. Cometranca. El único diálogo de altura es el vértigo. ¿No habría visto cine allá en Cuba? Y la única conversación literaria es saber sostener un silencio. ¿Sí no a Hitchcock, no había visto al menos a Charlot, allá en el Chaplin de la calle o el canal 23?

—Desde niño mi p-p-padre me inculc-c-có su amor por este gig-g-gantesco p-p-país. ¡Ahora sí! Un discursito chic-cheap-shit con ínfulas freudianas o tal vez medio freak. "Desde muy niña" me hubiera parecido un argumento sincero, me burlé en secreto desde mi diván.

—¿Anexionista el vejete? —me burlé en voz alta desde mi diván.

—No —me cortó—. Lo mat-t-taron en Nicarag-g-gua. Era médico, pero ad-d-dmiraba a Frank-k-klyn, Whit-t-tman, y a Roos-s-sevelt.

Y no pronunció más. Ordenó manguerines, tanteó la aguja del crimen, y ajustó a full el goteo del botellín. Me dejó un algodón para disimular el parche violeta que se iba tatuando en mi piel. Y se despidió con un cabeceo de excesiva formalidad después de su entusiasmo inicial. Bah, Cuban American Maricans: histéricos in potential. Lo más importante es que su información me decidió por fin a llegar hasta ella. Hasta ellas: la

muerte y Lianet. Sólo que aquella pasta en suero me idiotizaba cada minuto más: Coca Cola Idiet. Poco a poco yo entendía lo que es parecer un lagarto o, más poético todavía, un caimán dormido de San Antonio a Maisí. Puaf, infame infancia memorizada de octosílabo sencillo en octosílabo sin sentido, mientras pelábamos papa y no sabíamos ni pí. Please.

6

Soné con Lianet. Yo estaba dormido y soñaba con ella, pero desde sus ojos me veía dormido y soñando con ella otra vez. Ciclo cerrado: oniriconerías de un exiliado total. Yo estaba sereno como un bebé. Sarana astaba la mar. Y lucía precioso, destilando belleza como en las fotos de estudio retocadas en El Arte. Serene estebe le mer. Yo no roncaba, por supuesto. Ni respiraba, porque hacía muchos años que estaba muerto. Sirini istibi li mir. De manera que ahora conservaba sólo un sentimiento, que de pronto era el mismo que el del padre interanexionista del enfermero epiceno: yo amaba a aquel enanESCO país. ¿Cuál, Cuba? Qué ironía, qué ira, qué idiotez. Sorono ostobo lo mor. Imposible ser un reptil sin que el aire comprimido en la tráquea enseguida te ponga a roncar, a pesar de que estar ya muertos en aquel gigantesco país. ¿Cuál cebo? Qué idilio, qué inercia, qué ideologitez. Surunu ustubu lu mur.

Y, como siempre me pasa cuando me embeleso de día, mis propios ronquidos me hicieron resucitar. Glotis gutural, atragantada: arrrgh, grrrah. Un exquisito ridículo a mitad de la mañana primaveral. Definitivamente, abril es el mes más cruel. Las carcajadas fósiles del resto de los 665 cubículos, o tal vez capillas, me lo confirmaron un instante después. Nada. Me había convertido, para ellos, en algo así como su bufón inflable antes del Juicio Final. Cuban American Bluff. Balón de foolball cubanoamericano con el que, allí dentro, nadie tenía la energía suficiente para patear o putear un gol. Gore.

El sopor se hacía insoportable desde muy temprano. Las noticias de ambas eran confusas. De Cuba y Lianet. Para colmo, ahora era Héctor el que hacía dos o doce semanas que no asistía a sus turnos de un día sí y otro no. No podía arriesgarme más. Me quité el pijama y me disfracé de civil con mi ropa vieja. De hecho, ya había esperado de más. Hacía días que no comía, la vista se me nublaba, los dedos se entumecían, y los médicos no me daban ni media señal. Esa apatía podía ser mi señal: la hipocresía hipocrática siempre significa que se acerca tu fin. Y, en mi caso, ya era sólo cuestión de definir quién ganaría el maratón: los sueritos o mi enfermedad, cualquiera fuera el contenido de aquella baba traslúcida y cualquiera el inesperado síntoma mortal de algo que, en definitiva, todavía considero que no me enfermó.

Así, vestido como un familiar o incluso como un inspector del Estado, con un pocket book bajo el brazo, me aventuré en el ascensor. Marqué el number 7. "The lucky seven", como decía mi padre en el Estadio del Cerro o frente a la pantalla de nuestro televisor Caribe. En Cuba State, marcar carreras en el séptimo inning era síntoma de victoria, según él decía. En Florida State, marcar la tecla 7 de un ascensor ojalá que también lo fuera, iba rezando ahora yo. Aún sin creer en el séptimo ni en el septuagésimo cieno. Miré mi libro placebo y ¡horror!: era el poemario de Mao Tse Pound. Aunque nadie repararía ni medio segundo en él: era sólo cuestión de mantenerme in control.

Al alegre Héctor ya le había sacado información más que suficiente, step by step. Él no se daba cuenta, pero gagueaba de más. Sería miembro del Gay Gossiper International: Gayssiper Ltd. Y, paso a paso también, doblé dos veces a la derecha, la mano todo el tiempo apoyada en la lustrosa pared, técnica infalible en los laberintos, empleada por mí ahora para no desorientarme y caer. Me sentía muy débil, mucho. Estaba seguro de que nunca podría regresar hasta la 666 por mis propios pies. Pero, ¿a

quién le importaba eso: who medicares? Vi el cartel, por suerte no de cartón sino de cristal, y no a lápiz sino con pincel: "Intensive Care Unit", alguien había acertado en inglés, con caligrafía cursiva de colegial cubano, color carmesí. Complicidad de la c. Cojones.

Me acerqué. Seguí por el pasillo a lo largo del paredón transparente. La palabra paredón me paralizó. Miré adentro a través del vidrio, girando la cabeza a un lado y al otro: como un morro reumático, risible en su patética función ancestral. Vi camas, comas. Vi cuerpos atiborrados de cables, candilejas titilantes en digital, y sábanas verde oliva para lograr un decorado homogéneo, impersonal. ¡Así que este era el color de la muerte sufragada con el budget estatal!, pensé. La esperanza también era verde, pero se la comió una vaca: recordé el refrán. Vaca o vaco, en Cava o en Cuva. Me daba fuckingly igual.

Por primera vez en la vida pensé: "de aquí nadie se escapa". Ni Cuba, ni Lianet, ni la muerte ni yo. This is it. Koniek, Fin, Kapput, The End. Yo era un vahído, un vacío implume desequilibrado en dos pies. Otro eco de un hueco. Metafósica. Al carajo todo mi vocabulario o vocabulario. Lianet, please, no te conozco en medio de la muerte pública de este gidantesco país, al que desde niños nos inculcaron amor. Incrustaron, cabrones. No te reconozco, Lianet, en ninguna biografía arrastrada desde aquel onanesco país, al que desde niños, también, los muy cabrones nos inculcaron amor. Incubaron.

Mierda santa, y todavía no te conté mis sueños contigo, Lianet. Que son todos el mismo sueño y es otro y son ninguno. Cuban American Bullshit. Comma American Bubble. En una burbuja de mascar. Goma estéril por los nueve agujeros del cuerpo, directo a tus venas o arterias, no sé. Y de ahí straight a tu cerebro cerrero de fiscal pornstar. Como si fuéramos parte de un experimento a sottovoce: secreto a voces, carne de estadística legal. ¿Acaso no lo somos ya? De todo aquí queda un record. De todo

allá ha quedado un recuerdo. El paraíso no es más que la capacidad de almacenar desmemoria. El infierno es precisamente la cubacidad de invocarla. Cuban American Byte: @rrobas de azúcar ácida tras tan poca imagen y tanta tonta imposibilidad.

La vi. Era ella. No era ella. Todos los cuerpos en comas se parecían al de Lianet. Y ninguno. Las cejas arqueadas, sobre todo la izquierda, en una especie de contraseña gremial. Guiño intelectual o guiñol mortis, qué funny felicidad. Lianet no tuvo necesidad de tomar las 1984 píldoras antidepresivas. Ni de vaciar su sangre de hembra histórica en alguna solitaria y pulcra habitación de motel. Los únicos taconazos o aldabonazos que sonaban ahora dentro de aquella pecera eran los tictacs electrónicos de este o aquel contador. Hay un tiempo para vivir y un tiempo para morir: miente el Eclesiastés. Entonces, entre la retahíla de tubos y electrodos, busqué el brillo de tu Cristo de las Entretetas: 24 kilates de silicona oropel. Tú ganas, pal. Padre, eres muy mal perdedor. En dos milenios todavía no te animas a dejarte ganar. It's Your fair play, supongo: Tu rejuego de feria con nuestro destino. O desatino. Qué sé yo, qué me importa además. ¿Y a Ti?

Tragué en seco. Sabor a esputo. Cerré los ojos y volví a tragar, en ciego. Sabor a pus, a pis. The show must go on, pensé: Ça suffit! Y me recosté al paredón de cristal. La palabra paredón cimbró en mi memoria como una orden. Vale, vale, vale: no es necesario que nadie me vele ahora. No pierdan más tiempo conmigo y váyanse temprano a casa, cubanos, a lavarse los anos y acaso a echar una siestecita tras leer el Eclesiastés. "Será casi lo mejor para todos, Lianet", ella hubiera bajado la mirada al constatar mi derrota: "siempre vale la pena sobrevivir, pero no siempre vivir". Así que ni reparen conmigo, right? Sólo preparen y disparen sin apuntar cuando les salga de la pinga, compingriotas. Para mí ya es hora: Lianet, jolongo, llorando en el balcón, nos embarcamos. Las balas serán mis velas. Desdolor, desdolor infinito debiera ser, incluso volver a ser, el nombre de estas páginas.

Y no soñé más con Lianet. Por fin me había convertido en un hombre sin sueños de donde créese la palma. Sin embargo, Lianet estaba difuminada como por todo el lenguaje. Héctor me venía a ver a través del vitral de la Sala 0 y me decía adiós, llorando y secándose los mocos con un pañuelo de holán fino donde alguien, que no formaba parte del sueño, había bordado dos iniciales mudas que, a contraluz, me parecieron la misma, a la vez que eran otras y no fueron ninguna: HH. ¿Qué tal Heaven and Hell? Já. ¿O Héctor Habana tal vez? Jajá. ¿O mejor Héctor y Haquiles? Jajajá. En cualquier variante, igual no llores por mí, Héctorina. Y él se ponía aún más triste de verme carcajear así. Pensaba que yo lo hacía para no preocuparlo más. Pero yo lo hacía para no preocuparme yo. Para no soñar otra vez con Lianet dentro del sueño, justo un instante antes de caer en la cuenta de que, aún sin soñar con ella, Lianet estaba como difuminada por todo el lenguaje. Fotografiada por mí mientras discurseaba en una plaza de Habanaville. Despidiendo mi duelo, vestida del mismo color que la cubría en aquella jaula o jauría de una Intensive Care Unit de Orlandoville. Y mirándome en sueños soñar con ella y conmigo, en ninguna parte y en todas partes los dos. Lianisciencia: estado de lianicuidad. Y en este punto me despertaba en el camastro 666 otra vez, por fin ya fuera del sueño y del lenguaje y de ellas: Cuba, la muerte y Lianet.

"Dos patrias tengo yo: Cuba y Lianet", escribiría alguna vez, si es que alguna vez lograba salir de allí. Para esc-c-critor de d-d-diarios, yo. Y me apuesto las nalgas de medio mundo que es así como va a suceder. Sobre todo ahora que ya me siento morir. Para suicida, no cuenten conmigo. Supongo que al menos sí valga el pene sobrevivir. Y así mismo saldré al carajo de aquí. Aún con pánico pénico. Mírenme bien: un ex ecce homo. Por muy jodido que esté: estado de jodisprudencia. Por mucho que los uniformes de uno y otro color me hayan falseado con tanta disciplina y tanta ilusión de

historicidad. Yo sigo siendo un sobremuriente a ultranza, incluso un inmortal innato: un inmune inmoral.

Sé que, más temprano que tarde, alguien me pondrá encima los bártulos –mis dos jabitas de nylon con ropa vieja y el pequeño bulto forrado con periódicos de la prehistoria– y me dará la visa lottery para salir de alta de este Hospital. Entonces iré corriendo y riendo de cabeza al Hospicio, de la H a la H: hargot hilarante del hexilio más horrendo y hermoso de una historia sin histología. Y es que, en definitiva, entre el sueño y la vigilia, entre la patria y la pared, ¿no es acaso mi propia apatía de patria el mejor antídoto contra ya no recuerdo qué...? Ojalá lo llegue a escribir algún día para averiguar la respuesta. Sea esta, por el momento, mi Cuban American Boutade de repuesto: ¿a la belleza de disponer de un hogar no habrá que sumar ahora la belleza de deponer todo hogar? Haches como hachas del huniverso, en fin: qué sé yo, qué me importa además. ¿Y a ti?